

trueno: los mugidos del Schœchen y del Reuss reciben al bardo de la Armórica. Hace mucho tiempo que no me había encontrado solo y libre: nada en el cuarto en donde estoy encerrado: dos camas para un viajero que vela y no tiene amores que mecer ni ilusiones que forjarse. Aquellas montañas, aquella tempestad, aquella noche son tesoros perdidos para mí. Y, no obstante, ¡cuánta vida siento en el fondo de mi alma! Jamás, cuando la sangre más ardiente del corazón corría por mis venas, he hablado el lenguaje de las pasiones con tanta energía como pudiera hacerlo en este momento. Me parece que veo salir de los costados del San Gotardo mi sílfide de los bosques de Combourg. ¿Vienes a buscarme, encantador fantasma de mi juventud? ¿Te compadeces de mí? Ya lo ves: no he cambiado más que de rostro: siempre quimérico, devorado por un fuego sin causa y sin alimento. Salgo del mundo en el que entraba cuando te creé en un momento de éxtasis y delirio. Esta es la hora en que yo te invocaba en mi torre. Todavía puedo abrir mi ventana para dejarte entrar. Si no estás satisfecha con las gracias que te he prodigado, te haré aún cien veces más seductora: mi paleta no está agotada; he visto más bellezas, y sé pintar mejor. Ven a sentarte sobre mis rodillas: no tengas miedo de mis cabellos: acarícialos con tus dedos de hada o de sombra, y haz que se vuelvan negros con tus besos. ¡Esta cabeza, que no hacen sabía los cabellos que de ella se desprenden, es tan loca como lo era cuando te di el ser, hija primogénita de mis ilusiones, dulce fruto de mis amores misteriosos con mi primera soledad! Ven y ascenderemos todavía juntos sobre nuestras nubes; iremos con el rayo a surcar, iluminar y abrazar los precipicios por donde mañana pasará. ¡Ven! Llévame como en otro tiempo, pero no me traigas más.

Llaman a mi puerta: no eres tú; es el guía. Han llegado los caballos y es necesario partir. De este sueño no queda más que la lluvia, el viento y yo, sueño sin fin, eterna tempestad.

17 de agosto de 1832 (Amsteg).

Desde Altorf hasta aquí hay un valle entre montañas apiñadas, como se ven por todas partes: el Reuss ruidoso en el centro. En la posada del *Cierro* se me aproximó un estudiantillo alemán que

venía de las neveras del Ródano, y me dijo: «¿Viene de Altorf esta mañana? Camine de prisa.» Suponía que yo iba a pie como él; pero viendo luego mi carruaje: «¡Oh! — dijo — ¡caballos! eso es otra cosa.» Si el estudiante quisiera cambiar sus jóvenes piernas por mi carruaje y mi peor carro de gloria, ¡con qué placer tomaría yo su palo, su blusa gris y su barba rubia! Me iría a las neveras del Ródano: hablaría la lengua de Schiller a mi querida, y meditaría profundamente en la libertad germánica: él, viejo como el tiempo, caminaría hastiado como un muerto, desengañado por la experiencia, habiéndose atado al cuello, como una campanilla, un ruido de que estaría más cansado al cabo de un rato que el zumbido del Reuss. No tendrá lugar el cambio: los buenos lances no están para mí. Se marchó mi estudiante, y me dijo, quitándose y poniéndose su gorra teutona con una leve inclinación de cabeza: «Con su permiso.» Otra sombra que se desvanece. El estudiante no sabe mi nombre: me habrá encontrado y no lo sabrá jamás: me complazco en esta idea; busco la obscuridad con más vehemencia que en otro tiempo deseaba la luz: ésta me incomoda, ora porque ilumina mis miserias, ora porque me muestra objetos de que no puedo ya gozar: tengo prisa por pasar la antorcha a mi vecino.

Tres mozos tiran la ballesta: Guillermo Tell y Gessler se encuentran por todas partes. Los pueblos libres conservan el recuerdo de las fundaciones de su independencia. Pregúntese a un pobre de Francia si arrojó alguna vez el hacha en memoria del rey Hlowigh, o Kholdwig o Clodoveo.

CAMINO DE SAN GOTARDO. — VALLE DE SCHÖLLENEN. — PUENTE DEL DIABLO. — EL SAN GOTARDO. — DESCRIPCIÓN DE LUGANO. — LAS MONTAÑAS. — EXCURSIONES ALREDEDOR DE LUCERNA. — CLARA WENDEL.—ORACIONES DE LOS ALDEANOS.

El nuevo camino de San Gotardo, al salir de Amsteg, va y viene haciendo eses por espacio de dos leguas, unas veces costando el Reuss y separándose otras, cuando la madre del torrente se ensancha. En los relieves perpendiculares del paisaje se divisan cuevas desnudas o tachonadas con grupos de hayas; picos rasgando las nubes, cúpulas cubiertas de

nieve, cimas calvas o que conservan algunos residuos de nieve como mechones de cabellos blancos: en el valle, puentes, columnas de tablas ennegrecidas, nogales y árboles frutales.

Un paso más arriba, en la orilla derecha del Reuss, cambia la escena: el río corre formando cascadas por un cauce pedregoso, bajo una arboleda de espesos pinos; es el valle del puente de España en Cauterets. En los costados de la montaña vejetan las malezas sobre las aristas de la roca viva, en donde, amarradas por sus raíces, resisten el embate de las tempestades.

Por el camino sólo algunos cuadros de patatas denotan al hombre en aquel sitio: es preciso que coma y que ande éste en el resumen de su historia. Los rebañes, relegados a los pastos de las regiones superiores, se ocultan a la vista; pájaros no existen; águilas tampoco: la gran águila cayó en el Océano al pasar por Santa Elena: no hay vuelo tan alto y fuerte que no desfallezca en la inmensidad de los cielos. El águila real acaba de sucumbir. Habíamos anunciado otras águilas de julio de 1830: a la verdad han bajado de su guarida para anidar con los palomos calzados. Sus garras nunca arrebatarán gamos; debilitada su mirada en la luz doméstica, jamás contemplará en la cima de San Gotardo el libre y brillante sol de la gloria de Francia.

Después de pasar el puente del Salto del Cura y dar la vuelta a la aldea de Wasen, volvimos a tomar la orilla derecha del Reuss: a una y otra orilla blanquean cascadas extendidas entre verdes alfombras, al paso de los viajeros. Por un desfiladero se divisa el ventisquero de Ranz, que se une a los ventisqueros de la Furca.

Se penetra, al fin, en el valle de Schœllenen, en donde principia la primera rampa del San Gotardo. Este valle es una muesca de dos mil pies de profundidad, formada en una roca de granito. Las paredes de la roca forman gigantescos muros perpendiculares. Las montañas no ofrecen más que sus costados ardientes y enrojados. El Reuss truena en su lecho vertical acolchado de piedras. Los restos de una torre dan testimonio de otros tiempos, como la naturaleza recuerda aquí siglos inmemoriales. Sostenido en el aire por las murallas, a lo largo de las masas de granito, el camino, inmóvil torrente, circula paralelo al torren-

te móvil del Reuss. Aquí y acullá bóvedas de fábrica ofrecen al viajero un abrigo contra el alud: se camina todavía algunos pasos en una especie de embudo tortuoso, y, de pronto, en una de las volutas de la concha, se encuentra uno frente a frente del puente del Diablo.

Este puente corta hoy el arco del nuevo puente más elevado, construido detrás y que le domina: el puente antiguo, alterado en esa forma, no se asemeja más que a un pequeño acueducto de dos pisos. El puente nuevo, cuando se viene de Suiza, oculta la cascada que se retira. Para gozar del espectáculo del arco Iris y de los juegos de la cascada hay que colocarse en dicho punto; pero, para el que ha visto la catarata del Niágara, no hay cascada que pueda sorprenderle. Mi memoria opone continuamente mis viajes a mis viajes, montañas a montañas, ríos a ríos, selvas a selvas, y mi vida destruye mi vida. Igual me sucede respecto de las sociedades y de los hombres.

Los caminos modernos que el Simplón ha enseñado y que el Simplón borra, no presentan el efecto pintoresco de los antiguos. Estos últimos, más atrevidos y más naturales, no evitaban ninguna dificultad: no se separaban del curso de los torrentes; subían y bajaban con el terreno, escalando las rocas, hundiéndose en los precipicios, y pasaban bajo los aludes sin quitar nada al placer de la imaginación ni al goce de los peligros. El antiguo camino de San Gotardo, por ejemplo, era mucho más peligroso que el actual. El puente del Diablo debía su reputación a que, al entrar en él, se veía por encima la cascada del Reuss, y trazaba un arco obscuro o más bien un estrecho sendero a través del brillante vapor de la cascada. Luego, al extremo del puente, el camino subía a pico hasta llegar a la capilla, cuyas ruinas se ven todavía.

Después de desembocar del puente del Diablo y de la galería de Urnerloch, llegamos a la pradera de Ursern, cerrada por estrellas como los asientos de piedra de un anfiteatro. El Reuss corre apaciblemente en medio del verde: el contraste es singular: así es como, antes y después de las revoluciones, la sociedad aparece tranquila: los hombres y los imperios descansan a dos pasos del abismo en que van a caer.

En la aldea de Hospital principia la

segunda rampa, que conduce a la cumbre del San Gotardo, el cual se halla invadido por masas de granito. Esas masas, arrolladas, henchidas, rotas y festoneadas en su cima por algunas guirnaldas de nieve, se parecen a las olas fijas y espumosas de un océano de piedra, sobre el que el hombre ha dejado las ondulaciones de su camino.

«Al pie del monte Adulo, entre mil cañaverales, el Rin, tranquilo y orgulloso por el progreso de sus aguas, apoyado con una mano sobre su urna inclinada, dormía al ruido lisonjero de sus nacientes olas.»

Hermosos conceptos, pero inspirados por los ríos de mármol de Versalles. El Rin no sale de su cauce de cañaverales: se levanta de un lecho de escarcha, su urna, o más bien sus urnas, son de hielo; tiene el mismo origen que esos pueblos del Norte, del que se hizo río adoptivo y cinturón guerrero. El Rin, nacido en los Grisones del San Gotardo, vierte sus aguas en el mar de Holanda, de Noruega y de Inglaterra; el Ródano, hijo también del San Gotardo, lleva su tributo al Neptuno de España, de Italia y de Grecia: nieves estériles forman los recipientes de la fecundidad del mundo antiguo y del mundo moderno.

Sobre la plataforma del San Gotardo hay dos estanques que dan origen, el uno al Tessino, el otro al Reuss. El nacimiento del Reuss es menos elevado que el del Tessino; de manera que, construyendo un canal de unos cuantos centenares de pasos, se arrojaría el Tessino en el Reuss. Si se repitiera la misma obra en los principales afluentes de estas aguas, se verificarían extrañas metamorfosis en las comarcas por bajo de los Alpes. Por lo tanto, un montañés puede darse el placer de suprimir un río, fertilizar o hacer estéril un país: véase una cosa que rebaja el orgullo del poder.

Es una cosa maravillosa ver al Reuss y al Tessino darse un eterno adiós y tomar un camino opuesto sobre las dos vertientes del San Gotardo: sus cunas se tocan: sus destinos caminan separados: cada cual va a buscar tierras distintas y soles diversos, pero sus madres, unidas siempre, no dejan de alimentar desde lo alto de la soledad a sus hijos desunidos.

En otra época había sobre el San Gotardo una hospedería servida por capu-

chinos: no se ve de ellas más que las ruinas, y no queda de la religión más que una cruz de madera carcomida con su Cristo; Dios subsiste cuando los hombres se retiran.

En la plataforma del San Gotardo, desierto en el cielo, termina un mundo y comienza otro: los nombres germánicos se hallan reemplazados por nombres italianos. Dejo a mi compañero, el Reuss, que me había llevado, al subirlo, del lago de Lucerna, y bajo al lago de Lugano con mi nuevo guía, el Tessino.

El San Gotardo está cortado a pico por el lado de Italia; el camino que se hunde en el Val-Tremola hace honor al ingeniero obligado a trazarlo en la garganta más estrecha. Visto ese camino desde lo alto, se parece a una cinta plegada y replegada; visto desde abajo, las murallas que sostienen los terraplenes hacen el efecto de las obras de una fortaleza, o imitan esos diques que se construyen unos encima de otros contra la invasión de las aguas. Algunas veces también, al ver la doble fila de los límites plantados regularmente en ambos lados del camino, parece verse una columna de soldados bajando de los Alpes para invadir la infortunada Italia.

Sábado 18 de agosto de 1832 (Lugano).

Pasé de noche por Airolo, Bellinzona y el Val Leventina sin ver tierra; no hice más que oír torrentes. En el cielo se levantaban las estrellas entre las cúpulas y las agujas de las montañas. La luna no estaba aún en el horizonte; pero su claridad se esparcía por grados delante de ella, lo mismo que esas *glorias* de que los pintores del siglo xiv rodeaban la cabeza de la Virgen: al fin apareció cortada y reducida a un cuarto de su disco sobre la cumbre dentada del Furca: sus puntas se asemejaban a unas alas: parecía una paloma blanca escapada de su nido de la roca: el astro escotado, con su luz débil y misteriosa, me reveló al final del Val Leventina el lago Mayor. Dos veces había encontrado yo ese lago: una cuando me dirigía al congreso de Verona, otra al ir a mi embajada de Roma. Entonces lo contemplaba al sol, en el camino de las prosperidades, y ahora lo divisaba de noche, desde la orilla opuesta, en el camino del infortunio. Entre mis viajes, que sólo separaban algunos años, había de menos una monarquía de eatorcé siglos.

No es esto que quiera mal a esas revoluciones políticas: al volverme a la libertad me han vuelto a mi propia naturaleza. Aun conservo bastante savia para reproducir el primero de mis ensueños, bastante fuego para reanudar mis relaciones con la criatura imaginaria de mis deseos. El tiempo y el mundo que he atravesado no han sido para mí más que una doble soledad donde me he conservado tal como el cielo me había formado. ¿Por qué me he de quejar de la rapidez de los días, cuando yo vivía en una hora tanto como los que pasan años en vivir?

Lugano es una aldea de aspecto italiano: portales como en Bolonia; gente trabajando en las puertas de las casas, como en Nápoles, arquitectura del Renacimiento, tejados que sobresalen de las paredes sin cornisas, ventanas estrechas y largas, desnudas o adornadas con un capitel y acanaladas hasta en el arquitrave. El pueblo está situado contra una colina de viñedos, a la que dominan dos planos superpuestos de montañas, uno de pastos, otro de bosque: el lago está a sus pies.

En la cumbre más alta de una montaña, al Este de Lugano, hay un pueblecito, cuyas mujeres, siltas y blancas, tienen la nombradía de las circasianas. La víspera de mi llegada era la fiesta de la aldea, y se habían ido en peregrinación a la belleza: esta tribu será resto de alguna raza de bárbaros del Norte, conservada sin mezcla encima de las poblaciones de la llanura.

Me hice conducir a las diversas casas que me habían indicado como que podían convenirme, y encontré una encantadora, pero cuyo alquiler era muy caro.

Para ver mejor el lago me embarqué. Uno de los dos barqueros hablaba una jerga francoitaliana mezclada de inglés. Me iba nombrando las montañas y los pueblos que había en ellas: San Salvador, desde cuya cima se descubre la cúpula de la catedral de Milán; Castagnola, con sus olivos, de los que los viajeros se ponen ramitos pequeños en el ojal; Gandria, límite del cantón del Tessino sobre el lago; San Jorge, terminado por su ermita: cada uno de estos lugares tenía su historia.

Austria, que todo lo toma y no da nada, conserva al pie del monte Caprino un pueblo enclavado en el territorio del

Tessino. Enfrente, al otro lado, al pie de San Salvador, todavía posee una especie de promontorio sobre el cual hay una capilla; pero ha prestado gratuitamente a los de Lugano ese promontorio para ejecutar a los criminales y levantar en él los patíbulos. Algún día argumentará con esa *alta justicia*, ejercida con permiso suyo en su territorio, presentándola como una prueba de su soberanía sobre Lugano. Ahora no se hace ya sufrir a los sentenciados el suplicio de la cuerda, sino que se les corta la cabeza. París ha suministrado el instrumento; Viena, el teatro del suplicio: son dos presentes dignos de dos grandes monarquías.

Persegüíanme estas imágenes, cuando sobre la ola azul, al soplo de la brisa perfumada por el ámbar de los pinos, pasaron las barcas de una partida de gente que arrojaba ramilletes al lago al son de pífanos y cornetas. Revoloteaban golondrinas alrededor de mi vela. ¿No reconoceré, acaso, entre aquellos viajeros a los que encontré una tarde vagando sobre la antigua vía de Tibur y de la casa de Horacio? La Lidia del poeta no estaba aún con esas golondrinas del campo Tibur; pero yo sabía que en aquel mismo instante otra joven robaba furtivamente una rosa colocada en el jardín abandonado de una quinta del tiempo de Rafael, y no buscaba más que esa flor entre las ruinas de Roma.

No reuniendo sus bases las montañas que rodean el lago de Lugano sino al nivel del agua, se asemejan a islas separadas por estrechos canales: aquellas me han recordado la gracia, la forma y el verdor de las Azores. ¿Consumiría yo el destierro de mis postreros años bajo esos risueños pórticos, en donde la princesa de Belgiojoso dejó caer algunos días del destierro de su juventud? ¿Acabaría mis *Memorias* a la entrada de esa tierra clásica e histórica donde Virgilio y el Tasso han cantado, en donde tantas revoluciones se han consumado? ¿Recordaría mis destinos bretones a la vista de esas montañas ausonias?

Si su velo llegara a levantarse, me descubriría las llanuras de la Lombardía; por allí a Roma; por allí a Nápoles, Sicilia, Grecia, Siria, Egipto, Cartago; playas lejanas que he medido, yo, que no poseo el espacio de tierra que pisan mis pies. Pero morir aquí, acabar aquí, ¿no es lo que quiero, lo que busco? No lo sé.

Lucerna, 20, 21 y 22 de agosto de 1832.

Dejé a Lugano sin dormir allí: volví a pasar el San Gotardo y a ver lo que había visto: nada he tenido que rectificar en mi bosquejo. En Altorf, todo había cambiado en veinticuatro horas: no había ya tempestad, ni más aparición en mi cuarto solitario. Fuí a pasar la noche a la posada de Fluelen, habiendo recorrido dos veces el camino, cuyos extremos terminan en dos lagos, y están ocupados por dos pueblos ligados por un mismo vínculo político, separados bajo todos los demás conceptos. Atravesé el lago de Lucerna, que había perdido a mis ojos una parte de su mérito; éste es el lago de Lugano lo que las ruinas de Roma a las de Atenas, y los campos de Sicilia a los jardines de Armida.

Además, aunque pretenda esforzarme por llegar a la exaltación alpina de los escritores de montaña, me tomo un trabajo inútil.

En lo físico, esa atmósfera virgen y balsámica que debe reanimar mis fuerzas, enrarecer mi sangre, desahogar mi cabeza fatigada, producirme un hambre insaciable, un reposo sin ensueños, no causa en mí esos efectos. No respiro mejor; mi sangre no circula más de prisa; mi cabeza no está menos pesada bajo el cielo de los Alpes que en París. Tengo tanto apetito en los Campos Eliseos como en Montanvers; duermo tan bien en la calle de Santo Domingo como en el monte de San Gotardo, y si tengo ensueños en la deliciosa llanura de Montrouge, son debidos al sueño.

En lo moral, en vano escalo las rocas: mi espíritu no se hace por eso más elevado, ni mi alma más pura; llevo los cuidados de la tierra y la carga de las torpezas humanas. La calma de una marmota de la región sublunar no se comunica a mis sentidos despiertos. Miserable como soy, a través de las nieblas que vagan a mis pies diviso siempre la figura desnuda del mundo. Mil toesas subidas en el espacio no cambian a mis ojos el cielo; Dios no me parece más grande desde la cumbre de la montaña que desde el fondo del valle. Si para hacerse uno robusto, un santo, un genio superior, no hubiera más que cernerse sobre las nubes, ¿por qué tantos achacosos, incrédulos e imbéciles no se toman el trabajo de subir al Simplón?

El paisaje es creado sólo por el sol:

la luz es la que lo hace. Una arena de Cartago, un brezo de la orilla de Sorrento, una hoja de cañas secas en la campiña romana, son más espléndidas iluminadas con los fuegos del ocaso o de la aurora que todos los Alpes de este lado de las Galias. Esos agujeros llamados valles, donde falta luz al mediodía; estas altas mamparas de aurora llamadas montañas; esos torrentes sucios que mugen con las vacas de sus orillas; esos rostros de color violeta; esos cuellos con paperas; esos vientres hidrónicos, vayan enhoramala.

Si las montañas de nuestros climas pueden justificar los elogios de sus admiradores, es solamente cuando están envueltas en la obscuridad, cuyo caos condensan: sus ángulos, sus salientes, sus grandes líneas, sus inmensas sombras extendidas, aumentan su efecto a la claridad de la luna. Los astros las destacan grabándolas en el cielo, en pirámides, en conos, en obeliscos, en arquitectura de alabastro. Cada valle, cada reducto con sus lagos, sus rocas, sus selvas, se convierte en un templo de silencio y soledad. En invierno, las montañas nos presentan la imagen de las zonas polares; en otoño, bajo un cielo lluvioso en sus diferentes matices de tinieblas, se parece a litografías grises, negras, rojizas: así les sienta bien la tempestad, como los vapores seminieblas, seminubes que ruedan a sus pies o se suspenden a sus costados.

Pero las montañas, ¿no son favorables a las meditaciones, a la independencia, a la poesía? Una naturaleza sublime, ¿no hace a uno más susceptible de pasión, y ésta no hace comprender mejor una naturaleza sublime? El sentimiento de lo infinito entrando por un espectáculo inmenso en un sentimiento limitado, ¿no lo aumenta y lo extiende hasta los límites donde comienza una eternidad de vida?

Reconozco todo eso; pero entendámonos: no son las montañas las que existen como uno cree verlas entonces, sino como las pasiones, el talento y la musa las presentan, trazando sus líneas, dando color a los cielos, a las nieves, a los picos, a los declives, a las cascadas que reflejan el arco iris, a la suave atmósfera, a las sombras tiernas y ligeras: el paisaje está en la paleta de Claudio *el Lorenés*, no en el Campo-Vaccino. Hacedme amar y veréis que un manzano aislado, que el viento azota; una flor de espadaña en un pantano; un arroyuelo en un cami-

no; una hebra de musgo o de helecho, o de una raíz cualquiera en el costado de una roca; un cielo húmedo, opaco; un ave en el jardín de la casa de un cura; una golondrina, que vuela a ras de tierra en un día de lluvia, bajo el cobertizo de una granja o a lo largo de un claustro; hasta un murciélago que reemplace a la golondrina alrededor de un campanario en la campiña, agitando sus alas de gasa en los últimos resplandores del crepúsculo; todas estas pequeñeces, unidas a algunos recuerdos, se envolverán con los misterios de mi dicha, o con la tristeza de mis pesares. En una palabra, la juventud de la vida, las personas, son los que hacen los sitios hermosos. Los hielos de la bahía de Baffin pueden ser risueños con una sociedad grata al corazón; las orillas del Ohío y del Ganges lamentables, si faltan los afectos. Un poeta ha dicho: «La patria está en los sitios a que el alma está adherida», y lo mismo sucede con la belleza.

Apenas llegué a Lucerna, corrí de nuevo a la catedral, a la Hofkirche, construída en el terreno de una capilla dedicada a San Nicolás, patrón de los marinos: dicha capilla primitiva también servía de faro, porque durante la noche se la veía iluminada de una manera sobrenatural. Fueron misioneros irlandeses quienes predicaron el Evangelio en la comarca casi desierta de Lucerna, adonde llevaron la libertad de que no ha gozado su desgraciada patria. Cuando volví a la catedral, un hombre cavaba una fosa; en la iglesia concluía un oficio fúnebre alrededor de un féretro, y una mujer hacía bendecir en un altar un gorrito de niño, que guardó con visible expresión de gozo en una cesta que llevaba al brazo, y se marchó cargada con su tesoro. Al día siguiente encontré cerrada la sepultura; una vasija de agua bendita colocada sobre la tierra fresca e hinojo sembrado para los pájaros, eran ya los únicos que estaban al lado de aquel muerto de una noche. Hice algunas excursiones alrededor de Lucerna, entre magníficos bosques de pinos. Las abejas, cuyas colmenas están construídas encima de las puertas de las casas de labor, al abrigo de techados prolongados, habitan con los campesinos. Vi a la célebre Clara Wendel ir a misa detrás de sus compañeras de cautiverio, con su uniforme de presa. Es muy ordinaria, y observé en ella el aire de todas esas mujeres feroces de Francia que han presen-

ciado tantos asesinatos, sin ser por eso más distinguidas que una fiera, a despecho de todo cuanto quiera prestarles la teoría del crimen y de la admiración de las degollaciones. Un simple cazador, armado con una carabina, conduce a los penados a los trabajos del día y los vuelve a su prisión.

He prolongado esta tarde mi paseo a lo largo del Reuss hasta una capilla construída en el camino: se sube a ella por un pequeño pórtico italiano. Desde aquel pórtico veía yo a un sacerdote que estaba rezando solo, de rodillas en el interior del oratorio, mientras que en lo alto de las montañas divisaba los últimos resplandores del sol poniente. Al regresar a Lucerna oí en las cabañas rezar el rosario a las mujeres: la voz de los niños contestaba a la adoración maternal. Me detuve, escuchando al través de los tejidos de sarmientos, aquellas palabras dirigidas a Dios desde el fondo de una cabaña. La hermosa joven y elegante doncella que me sirve en el *Agula de oro*, también reza su *Ave-Maria* al cerrar las cortinas de las ventanas de mi cuarto. Al volver, le regalo algunas flores que he cogido: ella me dice entonces ruborizándose y dándose suavemente con la mano en el pecho: «¿Per me?» «Para usted», la respondo; y aquí concluye nuestra conversación.

ALEJANDRO DUMAS. — LA SEÑORA DE COLBERT. — ZURICH. — CONSTANZA. — LA SEÑORA DE RECAMIER. — LA DUQUESA DE SAINT-LEU. — ARENENBERG. — REGRESO A GINEBRA. — COPPET. — SEPULCRO DE MADAMA STAEL. — PASEO.

Lucerna, 26 de agosto de 1832.

La señora de Chateaubriand no ha llegado aún, y voy a hacer una excursión a Constanza. Aquí está Alejandro Dumas: ya le había visto mientras que se hacía retratar en casa del gran escultor. También pasan por Lucerna la señora de Colbert con su hija, señora de Brancas (1). En Beauce, en casa de la señora de Colbert, fué donde escribí, hace veinte años, la historia de mi juventud en Combourg. Los sitios parecen viajar conmigo tan móviles, tan fugaces como mi vida.

(1) Ambas han dejado de existir. (París, nota de 1836.)

Ginebra, septiembre de 1832.

Yendo de Ginebra a Constanza se pasa por Zurich y Winterthur. Nada me ha agradado en Zurich, exceptuando el recuerdo de Lavater y de Gessner, los árboles de una explanada que domina los lagos, la corriente del Limath, un cuervo ya viejo y un antiguo olmo: más me agrada eso que toda la historia pasada de Zurich, incluso su famosa batalla. Napoleón y sus capitanes, de victorias en victorias, llevaron a los rusos a París.

Winterthur es una aldea nueva e industrial, o más bien una calle larga y decente. Constanza parece que no pertenece a nadie, pues está abierta para todo el mundo. Entré en ella el 27 de agosto sin haber visto aduanero ni soldado alguno, y sin que nadie me pidiera el pasaporte.

La señora Recamier había llegado hacía dos días para hacer una visita a la reina de Holanda. Yo aguardaba a la señora de Chateaubriand, que se había de reunir conmigo en Lucerna, y me proponía examinar si no sería preferible establecernos primero en Suabia, dejando para luego bajar a Italia.

En la ciudad ruinosa de Constanza, nuestra posada estaba sumamente alegre; se hacían en ella los preparativos de una boda. Al día siguiente de mi llegada quiso la señora Recamier ponerse a cubierto de la alegría de nuestros patrones: nos embarcamos en el lago, y atravesando la sábana de agua de donde sale el Rin para convertirse en río, llegamos a las arenas de un parque.

Echamos pie a tierra, salvando un vallado de sauces, tras del cual hallamos un paseo arenoso que serpenteaba entre bosquillos de arbustos, grupos de árboles y alfombras de césped. Un pabellón se elevaba en medio de los jardines, y a la falda de un bosque se veía un elegante edificio. Noté en la hierba lamparillas, melancólicas siempre para mí, a causa de las reminiscencias de mis muchos y diferentes oteos. Nos paseamos a la aventura y nos sentamos después sobre un banco a orilla del agua. Del pabellón del bosque se desprendieron unas armonías de arpa y trompa, que cesaron cuando, encantados y sorprendidos, principiamos a escucharlas: era aquello una escena de un cuento de hadas. No volviendo a hacerse oír las armonías, leí a la señora Recamier mi descripción del

San Gotardo: ella me suplicó que escribiera algo en su libro de memorias, ya medio lleno con los detalles de la muerte de J. J. Rousseau. Debajo de estas últimas palabras del autor de *Eloisa*: «Esposa mía, abre la ventana para que vea todavía el sol», tracé con lápiz estas expresiones: «Lo que quería en el lago de Lucerna lo he encontrado en el lago de Constanza: el encanto y la inteligencia de la belleza. No quiero morir como Rousseau; quiero ver aún por mucho tiempo el sol, si debo acabar mi vida a vuestro lado. ¡Ojalá expiren mis días a vuestros pies como esas olas, cuyo murmullo os es tan grato!—28 de agosto de 1832.»

El azul del lago aparecía detrás de las hojas: en el horizonte del Mediodía se amontonaban las cimas del Alpe de los Grisones; la brisa que pasaba y retrocedía a través de los sauces estaba en perfecta armonía con el flujo y reflujo de las olas: no veíamos a nadie; no sabíamos en dónde estábamos.

Al regresar a Constanza, encontramos a la duquesa de Saint-Leu y a su hijo Luis Napoleón, que venían a saludar a la señora Recamier. En la época del Imperio no había yo conocido a la reina de Holanda: sabía que se había mostrado generosa cuando mi dimisión a la muerte del duque de Enghien y cuando quise salvar a mi primo Armando. En tiempo de la Restauración, y siendo embajador en Roma, no había tenido con la duquesa de Saint-Leu más relaciones que las de simple política: no pudiendo ir a visitarla, había dejado en libertad a los secretarios y agregados para que le hicieran la corte, e invitado al cardenal Fesch a una comida diplomática de cardenales. Desde la última caída de la Restauración, la casualidad me había hecho cambiar algunas cartas con la reina Hortensia y el príncipe Luis. Estas cartas son un monumento singular de las grandezas desvanecidas. Son como si- gue:

«Arenenberg, 15 de octubre de 1831.

»El señor de Chateaubriand tiene sobrado genio para no haber comprendido toda la extensión del emperador Bonaparte. Pero su brillante imaginación necesitaba más que admiración: recuerdos de juventud, una ilustre fortuna, cautivaron su corazón: consagró a ellos su persona y su talento, y como el poeta

«Arenenberg, 4 de mayo de 1832.

que presta a todo el sentimiento que le anima, adornó lo que amaba con los caracteres que debían inflamar su entusiasmo. La ingratitud no le desanimó, porque siempre era la desgracia la que a él apelaba; sin embargo, su talento, su razón, sus sentimientos verdaderamente franceses hacen de él, a su pesar, el antagonista de su partido. De los antiguos tiempos, él sólo ama el honor que hace a los hombres fieles, y la religión que los hace prudentes, la gloria de su patria que constituye la fuerza de la nación, la libertad de las conciencias y de las opiniones que da un noble impulso a las facultades del hombre y la aristocracia del mérito que abre una carrera a todas las inteligencias: éste es su terreno más que de otro ninguno. Por lo tanto, es liberal, napoleonista y hasta republicano, antes que realista. Así es que la nueva Francia, sus nuevas celebridades sabrán apreciarle, al par que nunca será comprendido por los que él ha colocado en su corazón tan cerca de la divinidad, y si no tuviese ya más que cantar la desgracia, aun cuando fuera la más interesante, los grandes infortunios van llegando a ser tan comunes en nuestro siglo, que su brillante imaginación, sin objeto ni móvil positivo, se apagará por falta de alimento bastante elevado para inspirar su talento sublime.

»HORTENSIA.»

Después de haber leído una nota firmada Hortensia:

«El señor de Chateaubriand es lisonjeado en extremo, y se muestra sumamente reconocido por los sentimientos de benevolencia expresados con tanta gracia en la primera parte de la nota: en la segunda hay envuelta una seducción de mujer y de reina que podría arrastrar un amor propio menos desengañado que el del señor de Chateaubriand.

»Ciertamente hay hoy ocasión de elegir un acto de infidelidad entre tan elevados y numerosos infortunios; pero a la edad a que ha llegado el señor de Chateaubriand, reveses que sólo cuentan pocos años desdeñarían esos homenajes: le es, pues, preciso permanecer fiel a su antigua desgracia, a pesar de lo mucho que pudieran tentarle adversidades más jóvenes.

»CHATEAUBRIAND.

«París, 6 de noviembre de 1831.»

»Señor vizconde: Acabo de leer su último folleto. ¡Qué felices son los Borbones al verse apoyados por un talento como el suyo! Usted levanta una causa con las mismas armas que han servido para abatirla, y sabe encontrar palabras que hacen vibrar a todos los corazones franceses. Todo lo que es nacional encuentra eco en su alma: así es que cuando usted habla del grande hombre que ilustró a Francia por espacio de veinte años, la elevación del asunto le inspira; su talento lo abarca por completo, y su alma, esparciéndose naturalmente, rodea a la mayor gloria de los más grandes pensamientos.

»Yo también, señor vizconde, soy entusiasta por todo lo que honra a mi patria; por eso, dejándome llevar de ese impulso, me atrevo a manifestarle las simpatías que siento hacia el que muestra tanto patriotismo y tanto amor a la libertad. Mas permítame que le diga que es usted el único defensor temible de la antigua monarquía: la haría usted nacional si se pudiera creer que ella piensa como usted; así es que, para hacerla valer, no basta que se declare de su partido, sino demostrar que ella es del suyo.

»Con todo, señor vizconde, si disintimos en opiniones, al menos estamos de acuerdo en los deseos que formamos por la felicidad de Francia.

»Reciba, le ruego, etc.

»LUIS NAPOLEÓN BONAPARTE.»

«París, 19 de mayo de 1832.

»Señor conde: Siempre encuentra una dificultad en contestar a elogios; pero cuando el que los hace con tanto talento como delicadeza, está, además, en una condición social, a la que van unidos recuerdos que no tienen iguales, el apuro es doble. A lo menos, caballero, nos encontramos en una simpatía común: usted quiere, con su juventud, como yo, con mis ancianos días, el honor de Francia. No nos faltaba ni a uno ni a otro para morirnos de confusión o de risa más que ver el *justo medio* bloqueado en Ancona por los soldados del papa. ¡Ay, caballero! ¿Dónde está su tío? A cualquiera otro que usted le preguntaría: «¿Dónde está el tutor de los reyes y el amo de Europa?» Al defender la causa de la legitimidad no me hago ninguna ilusión; pero pienso que todo hombre que tiene

en algo la estimación pública debe permanecer fiel a sus juramentos: lord Falkland, partidario de la libertad y enemigo de la corte, se hizo matar en Newbury, en el ejército de Carlos I. Usted vive, señor conde, para ver a su patria libre y dichosa; usted atravesará ruinas, entre las que yo quedaré, porque formo parte de esas mismas ruinas.

»Me había lisonjeado por un momento con la esperanza de poner este verano el homenaje de mi respeto a los pies de la señora duquesa de Saint-Leu: la suerte, que acostumbra frustrar mis proyectos, me ha engañado también esta vez. Hubiera tenido gran placer en darle gracias de palabra por su fina carta; habríamos hablado de una gran gloria y del porvenir de Francia, dos cosas, señor conde, que le tocan bien de cerca.

»CHATEAUBRIAND.»

¿Me han escrito jamás los Borbones cartas semejantes a las que acabo de publicar? ¿Han sospechado nunca que yo me elevaba sobre tal zurcidor de versos o tal político de folletín?

Cuando de niño vagaba yo en compañía de los pastores en los brezos de Combourg, ¿hubiera podido suponer que llegara un tiempo en que había de marchar entre los dos poderes más altos de la tierra, poderes caídos que daban la mano por una parte a la familia de San Luis y por otra a la de Napoleón; grandezas enemigas que, en el infortunio que las acerca, se apoyan igualmente sobre el hombre débil y fiel, sobre el hombre desdichado de la legitimidad?

La señora Recamier fué a establecerse en Wolfsberg, palacio habitado por el señor Parquin, en las cercanías de Arenenberg, morada de la duquesa de Saint-Leu: permanecí dos días en Constanza, viendo todo cuanto había que ver: el depósito donde están los graneros públicos, bautizado con el nombre de *Salón del Concilio*, la supuesta estatua de Huss, la plaza donde se dice que fueron quemados Jerónimo de Praga y Juan Huss; en fin, todas las abominaciones ordinarias de la historia y de la sociedad.

Constanza es el Saint-Germain de los alemanes: allí se retiraron las antiguas gentes de la antigua sociedad. Cuando llamaba yo a alguna puerta buscando un cuarto para la señora de Chateaubriand, me encontraba con alguna canonesa, anciana doncella, algún príncipe de raza

antigua, elector a medio sueldo, lo cual correspondía perfectamente con los campanarios abandonados y los conventos desiertos de la ciudad. El ejército de Condé luchó gloriosamente bajo las murallas de Constanza y parece haber establecido su hospital militar en esta población. Tuve la desgracia de encontrar a un veterano emigrado, quien me hacía el honor de haberme conocido en otro tiempo: tenía más años que cabellos; sus conversaciones eran interminables; no podía contenerse, y dejaba correr sus años.

El 29 de agosto fuí a comer a Arenenberg.

Arenenberg está situado sobre una especie de promontorio en una cadena de colinas escarpadas. La reina de Holanda, a quien la espada había encumbrado y hundido, edificó el palacio, o, si se quiere, el pabellón de Arenenberg. Se goza en él de una perspectiva extensa, pero triste. Desde allí se domina el lago inferior de Constanza, que no es más que un desbordamiento del Rin sobre praderas anegadas. A la otra parte del lago se ven bosques sombríos, restos de la selva Negra, con algunos pájaros blancos, que revolotean bajo un cielo ceniciento empujados por un viento glacial. Allí la reina Hortensia, después de haberse sentado en un trono, y haber sido cruelmente calumniada, fué a albergarse sobre una roca: por bajo está la isla del lago, en donde dicen que ha sido encontrado el sepulcro de Carlos el Gordo, y en donde mueren actualmente canarios que en vano piden el sol de sus islas. La duquesa de Saint-Leu se hallaba mejor en Roma; sin embargo, no ha descendido con relación a su nacimiento y a su primera vida; antes al contrario, ha subido: su descenso ha sido debido sólo a un accidente de su fortuna: no ha sido de esas caídas como la de la señora Delfina, hundida desde la altura de los siglos.

La sociedad de la duquesa de Saint-Leu se componía de su hijo, la señora Salvage y la señora ***. Los únicos forasteros eran la señora Recamier, el señor Vieillard y yo. La duquesa de Saint-Leu se conducía con habilidad en su difícil posición de reina y de señorita de Beauharnais.

Después de comer, la duquesa se sentó al piano con el señor Cottrau, joven pintor, alto, con bigotes, sombrero de paja, blusa, cuello de camisa vuelto y

Ginebra, fines de septiembre de 1832.

traje bastante raro. Este cazaba, pintaba, cantaba y reía aguda y bulliciosamente.

El príncipe Luis habita un pabellón separado, en donde vi armas y mapas topográficos y estratégicos, industrias que, como por incidencia, hacían pensar en la sangre del conquistador sin nombrarlo: el príncipe Luis era un joven estudioso, instruido, de honor y naturalmente grave.

La duquesa me leyó algunos fragmentos de sus Memorias, y me enseñó un gabinete lleno de recuerdos de Napoleón. Preguntábame yo por qué aquellas prendas me dejaban frío; por qué aquel sombrero, aquel cinturón, aquel uniforme llevado en tal batalla, me hallaban tan indiferente: mucho más turbado estaba al referir la muerte de Bonaparte en Santa Elena. La razón es que Napoleón es contemporáneo nuestro; todos le hemos visto y conocido; vive en nuestra memoria; pero el héroe está todavía muy cerca de su gloria. Cuando hayan pasado mil años será otra cosa: sólo los siglos han podido dar el perfume del ámbar a los sudores de Alejandro: esperemos; de un conquistador sólo debe enseñarse la espada. De vuelta a Wolfsberg con la señora Recamier, salí de noche: el cielo estaba nublado y lluvioso; el viento soplaban en los árboles, y el castillo gemía: verdadera escena de Alemania.

Pronto llegó a Lucerna la señora de Chateaubriand, a quien asustó la humedad de la población, y, siendo Lugano demasiado caro, nos decidimos a volver a Ginebra. Tomamos nuestro camino por Sempach; más allá, pasamos por delante de la abadía de San Urbano, ruinoso como todos los monumentos del cristianismo. Está situada en un sitio triste, a la orilla de un campo de brezo que conduce a los bosques: si yo hubiera estado libre y solo, habría pedido a los monjes algún agujero en sus murallas para acabar allí mis Memorias al lado de algún mochuelo: después habría ido a concluir mis días sin hacer nada bajo el hermoso sol de Nápoles o Palermo.

Al llegar a Roma nos dijeron que había una gran revolución en la ciudad: por más que yo miraba las calles, las veía desiertas, y reinaba el mayor silencio: la terrible revolución se consumaba sin hablar, al apacible humo de una pipa en el interior de alguna taberna.

La señora Recamier se reunió con nosotros en Ginebra poco después.

Empecé a dedicarme seriamente a trabajar, y escribo por las mañanas y me paseo por las tardes. Ayer fuí a visitar a Coppet. El palacio estaba cerrado; pero me abrieron las puertas, y anduve vagando por las habitaciones desiertas. Mi compañera de peregrinación reconoció todos los sitios donde creía ver todavía a su amiga, bien sentada a su piano, o entrando o saliendo, o hablando en el terrado que costea a la galería. La señora Recamier volvió a ver el cuarto que había habitado, y recordó días que habían pasado: esto era como una repetición de la escena que he descrito en *René*. «Recordaré los aposentos sonoros, en donde no se escuchaba más que el ruido de mis pisadas... Por todas partes los salones estaban sin colgaduras, y la araña tejía su tela en las alcobas abandonadas... ¡Qué gratos son, pero qué rápidos, los momentos que los hermanos pasan en sus primeros años reunidos bajo las alas de sus ancianos padres!

Recordaba yo también lo que he dicho en estas Memorias acerca de mi última visita a Combourg, al marchar a América. Dos mundos distintos, pero ligados por una estrecha simpatía, nos ocupaban a la señora Recamier y a mí. ¡Ay! esos mundos aislados, cada uno los lleva en sí; porque, ¿dónde están las personas que han vivido bastante tiempo al lado unas de otras para no tener recuerdos separados? Del palacio nos dirigimos al parque: el primer otoño empezaba a colorear y a desprender algunas hojas: el viento se echaba por grados, y dejaba oír a un arroyo que hace moler a un molino. La señora Recamier, después de seguir los paseos que tenía costumbre de recorrer con madama de Staël, quiso saludar sus cenizas. A poca distancia del parque hay un matorral mezclado de árboles más corpulentos y rodeado de una muralla húmeda y estropeada. Ese matorral se parece a los grupos de bosques que suele haber en medio de las llanuras que los cazadores llaman *sotillos*: ahí es donde la muerte ha empujado su presa y ha encerrado a sus víctimas.

Se había construido de antemano un sepulcro en aquel bosque para recibir en él al señor Necker, a la señora Necker y a madama de Staël: cuando ésta acudió a la cita tapiaron la puerta de la cripta. El hijo de Augusto de Staël ha quedado fuera, y el mismo Augusto,

muerto antes que su hijo, fué colocado bajo una piedra a los pies de sus padres. En la piedra se ven grabadas estas palabras, sacadas de la Escritura: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo en el cielo?» Yo no entré en el bosque, porque sólo la señora Recamier obtuvo permiso de entrar en él. Sentado en un banco delante del muro que lo circunda, volvía yo la espalda a Francia, y tenía los ojos fijos, ya en la cumbre del Mont-Blanc, ya en el lago de Ginebra: las nubes de oro cubrían el horizonte detrás de la línea sombría del Jura: semejava aquello una gloria que se eleva detrás de un largo féretro. Al otro lado del lago divisaba la casa de lord Byron, cuya cima aparecía herida por un rayo del sol poniente: Rousseau no estaba allí para admirar aquel espectáculo, y Voltaire, que también había desaparecido, jamás hizo caso de él. Allí, al pie de la tumba de madama de Staël, se me representaban tantos ilustres ausentes sobre la misma ribera, que parecían ir a buscar la sombra igual a la suya, para volver al cielo con ella y servirle de acompañamiento durante la noche. En aquel momento salió del bosquecillo fúnebre la señora Recamier, pálida y llorosa, como otra sombra. Si alguna vez he sentido a un mismo tiempo la vanidad y la verdad de la gloria y de la vida, ha sido a la entrada del bosque silencioso, obscuro e ignorado, donde duerme la que tuvo tanto brillo y renombre, y al ver lo que es el ser verdaderamente amado.

Al día siguiente, cansado de las orillas del lago, fui a buscar, acompañado siempre de la señora Recamier, paseos menos frecuentados. Caminando por la orilla del Ródano descubrimos una garganta estrecha, por donde corre el río hirviendo por bajo de varios molinos entre dos promontorios de roca cortados por praderas. Una de ellas se extiende al pie de una colina, sobre la que, junto a un grupo de árboles, hay construída una casa.

Hemos subido y bajado muchas veces hablando aquella estrecha faja de césped que separa el ruidoso río del soto silencioso; ¿cuántas personas hay a quienes podemos aburrir con lo que uno ha sido, y llevar detrás consigo en pos de sus días?

La señora Recamier va a dejarnos, pero volverá para la primavera; y yo voy a pasar el invierno evocando mis horas

desvanecidas y haciéndolas comparecer una a una ante el tribunal de mi razón. No sé si seré muy imparcial, o si el juez tendrá excesiva indulgencia con el culpable. Pasaré el verano próximo en la patria de Juan Jacobo. ¡Quiera Dios que no se apodere de mí la enfermedad del retraído! Luego, cuando el otoño haya vuelto, iremos a Italia: ¡*Italiam!* Este es mi eterno estribillo.

CARTA AL PRÍNCIPE LUIS NAPOLEÓN. — CARTAS AL MINISTRO DE JUSTICIA, AL PRESIDENTE DEL CONSEJO Y A LA SEÑORA DUQUESA DE BERRY.—ESCRIBO MI MEMORIA SOBRE EL CAUTIVERIO DE LA PRINCESA. — CIRCULAR A LOS DIRECTORES DE LOS PERIÓDICOS.—EXTRACTO DE LA «MEMORIA DE LA DUQUESA DE BERRY».

Ginebra, octubre de 1832.

Habiéndome dado el príncipe Luis Napoleón su folleto titulado *Meditaciones políticas*, le escribí esta carta:

«Príncipe: He leído detenidamente el folleto que habéis tenido la bondad de entregarme. He puesto por escrito, como habéis deseado, algunas reflexiones nacidas naturalmente de las vuestras, y que yo había sometido a vuestro juicio. Ya sabéis, príncipe, que mi joven rey está en Escocia; que en tanto que él viva no puede haber para mí otro rey de Francia que él; pero si Dios, en sus impenetrables designios, hubiera desechado la raza de San Luis; si las costumbres de nuestra patria no le hicieran posible el estado republicano, no hay nombre que mejor convenga a la gloria de Francia que el vuestro.

»Soy, etc.

»CHATEAUBRIAND.»

París, calle del Infierno, enero de 1833.

Había meditado mucho sobre ese porvenir próximo que yo me había formado, y al que me parecía ya tocar. A la caída del día iba a vagar en las sinuosidades del Arve, por el lado de Saleve. Una tarde vi entrar al señor Berryer, que volvía de Lausana, y me comunicó la prisión de la duquesa de Berry: ignoraba los pormenores. Nuevamente quedaron frustrados mis proyectos de reposo. Cuando la madre de Enrique V creyó en triunfos, me dió mi licencia: su desgracia desgarraba su último billete, y me

«París, 23 de noviembre de 1832.

llamaba a su defensa. Marché inmediatamente de Ginebra, después de escribir a los ministros. Cuando llegué a mi calle del Infierno, dirigí a los directores de los periódicos la siguiente circular:

«Caballero: Habiendo llegado a París el 17, escribí el 18 al señor ministro de Justicia para informarme de si había llegado a sus manos la carta que tuve el honor de enviarle desde Ginebra el 12 para la señora duquesa de Berry, y si había tenido la bondad de transmitirla a Madama.

»Al propio tiempo solicitaba del señor guardasellos la autorización necesaria para ir a Blaye cerca de la princesa.

»El señor guardasellos se dignó contestarme el 19 que había transmitido mis cartas al presidente del Consejo, y que a éste era a quien debía dirigirme. Escribí, por lo tanto, al señor ministro de la Guerra el 20, y recibo hoy 22 su respuesta del 21: siente verse en la precisión de anunciarme que el gobierno había creído que no había lugar a acceder a mis demandas. Esta decisión puso término a mis gestiones cerca de las autoridades.

»Nunca he tenido la pretensión, caballero, de creerme capaz de defender por mí solo la causa de la desgracia y de Francia. Mi designio, si me hubieran permitido irme a poner a los pies de la augusta prisionera, era el de proponerle para el caso la formación de un consejo de hombres más ilustrados que yo. Además de las personas dignas y distinguidas que se han presentado ya, me hubiera tomado la libertad de proponer a la elección de Madama el marqués de Pastoret, al señor Lainé, al señor de Villele, etc.

»Apartado ahora oficialmente, vuelvo, caballero, a mi derecho privado. Mis *Memorias sobre la vida y la muerte del duque de Berry* envueltas en los cabellos de la viuda, hoy cautiva, descansan al lado del corazón que Louvel hizo más semejante al de Enrique IV. No he olvidado ese insigne honor, del cual el momento actual me pide cuenta, haciéndome sentir toda su responsabilidad.

»Soy, caballero, etc.

»CHATEAUBRIAND.»

Mientras escribía yo esta circular a los periódicos, había encontrado medio de hacer llegar este billete a manos de la duquesa de Berry:

»Señora: He tenido la honra de dirigiros desde Ginebra una primera carta fechada el 12 de este mes. Esta carta, en la que os suplicaba me hicieseis el honor de nombrarme uno de vuestros defensores, ha aparecido impresa en los periódicos.

»La causa de V. A. R. puede ser discutida individualmente por todos aquellos que, aunque no estén autorizados para ello, tengan verdades útiles que dar a conocer; pero si Madama desea que se ocupen de ella en su propio nombre, no es un hombre solo, sino un consejo de hombres políticos y de legisladores, el que debe encargarse de tan elevado asunto. En ese caso pediría que Madama tuviera a bien asociarme con las personas que haya elegido al conde de Pastoret, al señor Hyde de Neuville, al señor de Villele, al señor Lainé, al señor Royer-Collard, al señor Pardessus, al señor Mandaroux-Vertamy y al señor Vaufréland.

»También había creído, señora, que podría llamarse a este consejo a algunos hombres de gran talento y de opiniones contrarias a las nuestras; pero tal vez sería colocarlos en una posición falsa el obligarles a hacer un sacrificio de honor y de principios a que no se acomodan los talentos elevados y las conciencias rectas.

»CHATEAUBRIAND.»

Soldado antiguo y disciplinado, acudiré a alistarme a las filas, y a marchar a las órdenes de mis capitanes: reducido por la voluntad del poder a un duelo, lo acepté. No esperaba venir desde la tumba del marido a combatir al lado de la prisión de la viuda.

Aun suponiendo que yo me hubiera de quedar solo: que hubiese comprendido mal lo que conviene a Francia, no por eso me hubiera hallado menos en el camino del honor. Ahora bien; no es inútil a los hombres que otro se inmoie a su conciencia; bueno es que alguien consienta en perderse por permanecer firme en principios de que está convencido, y que participan de todo cuanto hay de noble en nuestra naturaleza: esos engañados son los opositores necesarios del hecho brutal, las víctimas encargadas de la fuerza. Se aplaude a los polacos; ¿qué es su fidelidad sino un sacrificio?